

# HOMENAJE A LA MEMORIA DE DON ENRIQUE LARRETA

EN LA CIUDAD DE ÁVILA

---

*En brillante ceremonia, la Academia Argentina de Letras ha cumplido su propósito de honrar la memoria del gran escritor que fue miembro de número de la Corporación, don Enrique Larreta, al colocar una placa recordativa en el Torreón de los Guzmanes. hoy propiedad de los marqueses de Crescente, mansión abulense que el autor de « La gloria de don Ramiro » dio por morada a su protagonista.*

*El acto se realizó el 9 de octubre, y el programa, que circuló impreso en un tarjetón, decía así :*

## PROGRAMA DE ACTOS

**12.30.** Llegada al Gobierno Civil de los representantes oficiales del Gobierno de España, jefes de Misiones Diplomáticas, Académicos españoles y argentinos y del Señor Embajador de la República Argentina en España, señoras y séquito.

**13,00** Acto de descubrimiento de la placa de bronce que ofrenda la Academia Argentina de Letras a la memoria de Enrique Larreta, en el Torreón de los Cepeda (Palacio de Crescente) donde el autor de « La Gloria de Don Ramiro » dio por morada al personaje central de su admirable novela.

1. Discurso de ofrecimiento a cargo del Académico argentino Dr. Atilio Dell'Oro Maini.

2. Discurso homenaje a Larreta, del Académico español Excmo. señor D. Joaquín Calvo Sotelo.

3. Descubrimiento de la placa e interpretación de los himnos nacional y español.

4. Palabras de S. E. el señor Gobernador Civil recibiendo la placa en nombre de Ávila y exaltando la memoria de D. Enrique Larreta.

5. Discurso de clausura del acto a cargo de S. E. el Señor Embajador de la República Argentina en España.

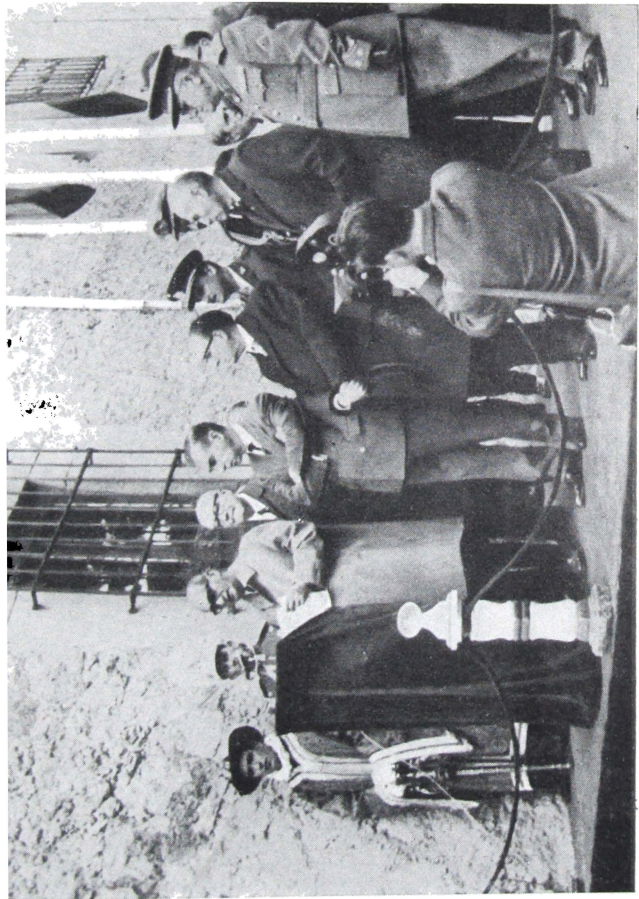
14.30. Almuerzo ofrecido por las autoridades de Ávila en honor de los ilustres visitantes, en el Palacio de los Serranos.

16.30. Visita a los monumentos de Ávila especialmente relacionados con Santa Teresa, la Reina Isabel la Católica y don Enrique Larreta.

18.30. Recepción en el Ayuntamiento de Ávila, en cuyo salón de Actos se impondrán las insignias de honor de la Ciudad al Exmo. Sr. Embajador de la República Argentina en España, Don Juan O. Gauna, y al Académico representante de la Academia Argentina de Letras, Dr. Atilio Dell'Oro Maini, firmándose a continuación en el libro de Oro de Ávila.

19.15. Actuación del Grupo de Coros y Danzas en el Salón de Actos de la Casa de Cultura.

20.15. Recorrido en automóvil de las iluminaciones de la Ciudad (Murallas, Catedral, San Vicente ...) y regreso a Madrid.



El embajador argentino en España, doctor Juan O. Gauna, pronunciando su discurso.  
Detrás de él aparece el Académico doctor Atílio Dell'Oro Maini



El embajador argentino descubre la lápida en el Torreón de los Guzmanes

*El Embajador de la Argentina en España, doctor Juan O. Gauna, que tan decidido auspicio y activa colaboración prestó a los preparativos y a la realización del homenaje, asistió al frente de todos los funcionarios y el personal de la Embajada, y el Académico de número don Atilio Dell'Oro Maini hizo un paréntesis a sus obligaciones en París, donde desempeña la vicepresidencia de la Unesco, para trasladarse a España y representar con singular relieve a esta Academia. Otras dos destacadas personalidades argentinas que por afortunada coincidencia se encontraban en aquel país, el doctor Ricardo Zorraquín Becú, presidente de la Academia Nacional de la Historia, y nuestro representante de la O. E. A. en Europa, Embajador don Luis Migone, participaron también con la espontánea adhesión de su presencia. Del mismo modo, concurren muchos estudiantes argentinos que cursan estudios superiores en la península.*

*El señor Embajador del Perú en Madrid, general don Nicolás Lindley López, viajó a Ávila para testimoniar su adhesión al homenaje en memoria del autor que concedió a Don Ramiro, en las últimas líneas de su novela, la gloria de una plegaria de Rosa, la piadosa doncella de Lima.*

*Entre las autoridades españolas se contó con la presencia del subsecretario de Instrucción Pública, don Luis Legaz Lacambra; el director general de Relaciones Culturales, don Alfonso de la Serna; el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya; la delegada nacional de la Sección Femenina de F. E., doña Pilar Primo de Rivera y los representantes de las autoridades locales.*

*Al final de la jornada, el alcalde de Ávila, don Antonio Sánchez Gonzáles, entregó al Embajador Gauna y al Académico Dell'Oro Maini, el título de ciudadanos de honor.*

*Damos a continuación los discursos pronunciados :*

DISCURSO DEL SEÑOR ACADÉMICO  
DON ATILIO DELL'ORO MAINI

La Academia Argentina de Letras me ha encomendado la honrosa misión de entregar la placa de bronce que ofrece a la ciudad de Ávila, para ser colocada en la austera fachada de este palacio, como homenaje de su admiración y gratitud a Enrique Larreta, figura ilustre de las letras argentinas, que fue miembro de la Corporación, y de cuyo nombre se envanecen con justo título, para gloria nuestra, todos los pueblos de habla hispana.

El pensamiento estampado en esta placa es una síntesis feliz del homenaje ; pero, para alcanzar su pleno significado, es preciso dar más explícita razón de la fórmula que lo expresa. Porque no se trata de recordar un hecho ocasional y externo como es el de que transcurre en el recinto de este palacio la vida de Don Ramiro, el protagonista de la célebre novela ; algo mucho más profundo y valedero lo justifica, y es la relación de esta ciudad toda entera con la inspiración que iluminó el nacimiento de aquella obra. No solamente la ciudad fue el escenario del suceso novelesco, y están en la trama sus castillos y sus murallas, sus costumbres y sus leyendas, la hondura de su vida mística y el esplendor de su vocación imperial, sino que ella misma encierra el secreto de la originalidad lograda por el autor.

La novela de Larreta pertenece a un género literario muy difícil y controvertido por causa de su latente contradicción interna, cuyo riesgo no han podido evitar o vencer los más famosos autores : por un lado, los cánones rígidos de la exactitud histórica ; por el otro, las exigencias de la invención poética cuyo apremio da alas a la fantasía. Goethe y

Manzoni señalaron ya con agudeza este problema al que Amado Alonso, más recientemente, le ha dedicado prolijo y decisivo estudio. La ambición de proporcionar al lector el cuadro fidedigno de la realidad pretérita, haciéndola vivir artísticamente con una fuerza que no alcanzan los expositores de la historia, reduce el vuelo del acto creador de la obra literaria, sin el cual decae y se defrauda la propia naturaleza del arte de novelar. No se logra, en verdad, hacer historia, ni hacer novela; lo primero, porque la historia, aun considerada como fondo de la novela, exige en el autor un comportamiento consigo mismo, una actitud de riguroso control de la verdad que lo obliga a un discernimiento cuyas reglas son ajenas al arte que cultiva; y, con respecto al lector, éste recibe una comunicación de carácter informativo, en la cual, aunque puede ser admirable el estilo literario, no se alcanza fácilmente la plenitud de la emoción poética; y lo segundo, porque si el novelista se entrega íntegramente a su inspiración se ve llevado a franquear los límites de una realidad que siempre resulta estrecha para su vuelo.

Cuando Larreta, a comienzos del siglo, publicó su obra, este género de la novela histórica se hallaba en una de sus crisis más agudas. La escuela realista había recogido y continuado la rica tradición romántica, extremando por un lado, bajo la influencia del naturalismo triunfante, el rigor de la información histórica documentada y concreta, y por otro, los refiuamientos del estilo literario; y, de tal suerte fue el alarde, que, no obstante los innegables hallazgos del intento, éste vióse frustrado por las pretensiones de guardar estricta fidelidad a la reconstrucción artística del pasado, cercenándose de ese modo, las frescas esperanzas de la ficción.

Larreta no desdeña ninguno de los valores de aquella tra-

dición : se los asimila y los incorpora a una concepción original que abraza, por igual, el argumento de la novela y el arte de su creación.

X El proceso mediante el que Larreta concibe su novela, y del cual tenemos noticia por glosas y referencias suyas, hechas al correr de los años, es un apasionante itinerario de su imaginación creadora. Sabido es que, joven estudiante Larreta se siente atraído por la vocación de las letras y aspira a escribir una novela cuyo personaje central es Santa Rosa de Lima. Profesor novel de historia de la Edad Media y Moderna se apasiona tanto en el estudio de España, que la fascinación de su literatura opulenta y la curiosidad por sus crónicas le hace pensar en trasladar a la tierra de Cervantes todo o gran parte de su argumento.

Los maestros del renacimiento avivan su imaginación. En los grandes pintores españoles, sobre los cuales se propone también escribir un libro, encuentra, además de la atracción de los valores técnicos, materia para evocar diferentes sectores de la España del tiempo de los Austria. Velázquez le sugiere, a través de sus aplomados y brillantes retratos el boato de la corte, con su política y sus intrigas. En la pintura del Greco, tan honda y tan sutil, cielo y tierra, descubre los secretos del hidalgo, religioso y heroico. Zurbarán le presta el silencio de los conventos, de sus claustros y refectorios, de sus blancas celdas, de sus monjes, tranquilos o apasionados. En Murillo encuentra los rasgos de la devoción popular, las vírgenes cándidas, los adorables pilluelos. En Ribera, el otro tipo del español, fuera de la patria. suavizado por el blando influjo de la vida libre de Italia.

Con estos fervores llega a Ávila, después de recorrer Europa, cuando tiene 28 años. Sólo conocía la ciudad por

estampas y descripciones escritas. Nos imaginamos la alucinación de su asombro. Era otoño como ahora, « cuando barbechos y labrantíos toman en torno suyo el aspecto de un remendado sayal del mismo color de sus murallas. En el ocaso, por detrás de las almenas, asomaba el oro de una gran nube tranquila ». Atisba al pasar por plazas y callejuelas la oscura fachada del templo, los altivos palacios sumergidos en una penumbra, en una sombra sin tiempo. De pronto, las solemnes badajadas del Ángelus, lanzadas sobre el recinto estrecho, resonaron en su alma como un sagrado turbión, que le arrebatava todo el ser en una misteriosa posesión. En ese instante comienza el sortilegio del que nace su novela. Dice adiós a tablas, lienzos y pintores. La ciudad admirable le brinda el símbolo y el sentido de su obra. Él mismo lo ha reconocido: « la idea del conflicto interior que encarna mi protagonista, conflicto primordial, a mi ver, del alma humana, en todos los tiempos, echómela en la mente la ciudad misma, esa ciudad anhelosa que parece haber vivido tan solo para su doble exaltación, ciudad de almenas y de cirios ».

Larreta fijó en un soneto memorable ese momento de aquella tarde otoñal en que vislumbró el desarrollo de su novela, o mejor dicho, el nacer de su protagonista, publicado en el libro que lleva por título precisamente *La calle de la vida y de la muerte*, el extraño y misterioso nombre del antiquísimo camino que, desde las puertas de esta ciudad va a morir al pie de la iglesia mayor... Sigue andando — « y no sé si soy yo quien va soñando — o es Ávila quien sueña. La fortuna — rondaba. Tú me diste, ciudad fuerte, — ciudad santa, la llave alternativa — Tu calle de la Vida y de la Muerte — finge, al paso, en mi sombra agigantada — penf-

tente sayal o capa altiva. — Y en capa o en sayal, rabo de espada ».

Larreta quiso, entonces, penetrar en el misterio de la ciudad. Estudió su historia, recogió sus leyendas, holló sus piedras, admiró sus monumentos y desde las murallas se impregnó del paisaje castellano. Descubrió en las páginas de Carromolino las crónicas más sabrosas de cada iglesia, de cada convento, de cada casa. Autobiografías, cartas, ejecutorias, y toda clase de documentos fueron, sus fuentes predilectas. Nada escapaba a su mirada atenta y descubridora. « Cuadernos y cuadernos de anotaciones que revelan a menudo en su temblorosa escritura el zangoloteo del carruaje por las antiguas carreteras de España » — más de una vez las rutas de la santa de Ávila — son testimonio de su amor a la verdad. No acumula datos por simple afán de erudición ni con el propósito de reconstruir artísticamente un pasado distante: busca símbolos esenciales, quiere desentrañar de crónicas y leyendas, de paisajes y ciudades, la substancia ideal de las cosas, el sentido oculto y simbólico que concede a su obra, por la fuerza de la evocación y la contextura del estilo, el sello de una alta expresión poética, reveladora, al mismo tiempo, de una realidad.

Larreta procede con espléndida libertad: ni la intención de buscar un cuadro veraz y real lo arrastra a la reconstrucción arqueológica de un pasado, ni la ubicación de sus criaturas de ficción en esa perspectiva le impone el banal discernimiento de lo que pueda ser verdad o conjetura. Él recrea poéticamente el material histórico y vive personal y experimentalmente sus personajes, descubriendo por propia iluminación, por el juego sutil de sucesivas intuiciones y evidencias, las íntimas conexiones de las vidas y de las cosas,

su ejemplar personalidad y carácter, unas y otras elevadas a la suprema universalidad de los valores humanos, constantes e imperecederos. Todo esto Larreta lo debe a la misteriosa sugestión de Ávila. También ella es toda pasión, encanto y poesía. La gruesa mole de las murallas no acalla el canto de sus campanas. Ella está en el secreto de la inspiración poética de Larreta en cuya obra el peso de la materia también se transfigura como las piedras de esta ciudad que él llamó alada: « No cuesta mucho — decía — imaginarla sostenida en el aire por los dedos finos de dos ángeles góticos, con musical movimiento ».

De aquí surge la novedad, o mejor dicho, la originalidad de esta novela. Ella pertenece al género histórico, es cierto; pero no se propone reconstruir un pasado, representar con cierta vivacidad, colorido y emoción, la historia de una época para ofrecer al lector, bajo los encantos de la fantasía, el espíritu de un pueblo o una colección de tipos de vida ya fenecidos, sin otro valor que el de pertenecer a un tiempo, o a una región más o menos olvidados; tampoco aspira a reproducir el cuadro de determinados sucesos de la historia o la vida de alguno de sus protagonistas enriqueciéndolos con los prestigios del arte para darlos a conocer con la ilusión de una realidad más patética o cautivadora. Larreta alumbra, en el fondo auténtico de la historia de España, sintetizada y simbolizada en esta ciudad, a las criaturas de su fantasía, y éstas se mueven, dentro de su evocación, con un sentido pleno de verdadera unidad poética.

Nuestra imaginación, estimulada por la intensidad vital de sus personajes, los ve ahora recorrer estos lugares, mezclados con los de la historia real, y percibe el taconeo de su paso sobre las losas de la anchurosa puerta « enfática y seño-

rial ». También su majestuoso torreón, « altanero y fosco » fue un símbolo. Lo describe con palabras precisas y esculturales, destacando el estilo austero, severísimo, típicamente abulense de sus líneas. Los blasones que decoran el ancho arco adovelado de la puerta denuncian las gentes principales que lo habitaron. Por una extraña y feliz coincidencia, el ofrecimiento de esta placa ha sido iniciativa, en nuestra Academia de Letras, de un escritor, también él eximio novelista, don Manuel Mujica Láinez, cuya familia desciende de la rama castellana de García Ibañez de Muxica, de la que es uno de los escudos de la portada. En su biblioteca están, regalo del mismo Larreta a su joven amigo, algunos de los libros que le sirvieron para conocer la historia de la casona.

Larreta hace transcurrir la infancia de su héroe, movido por las memorias de la suya, en la cuadra del último piso del torreón donde, entre el zumbo de las ruedas, se entretenía con las añejas historias y las parlerías de las criadas. Allí se presentaba todas las tardes el viejo escudero Medrano, con cuya espada jugaba el niño, mientras escuchaba de sus labios hazañas y bravatas que enardecían su ánimo. Larreta reprodujo en esta figura la de un turco de gran estatura, pómulos salientes, bigotes caídos, que deslumbraba con sus dichos y extravagancias a las criadas españolas de su casa. El autor transfundía a su argumento en este caso, como en muchos otros, las experiencias de la propia vida, dándole aliento con el calor de su presencia actual. Desde los pozos de las estrechas ventanas por donde el aire llevaba, en los días templados, « el vago perfume de las fogatas compesinas y el rumor lejano de los molinos y batanes », Ramiro solía contemplar el paisaje; a veces por el lado del caserío; incli-

nado sobre el Adaja desde el macizo roquero de la ciudad amurallada ; otras, por el del valle Amblés, cuya vista grandiosa le ofrecía, fuera de los sotos ribereños, aquellos planos de « coloración austera, sequiza y mineral de un paisaje hurraño y apacible como el alma de un monje ».

La infinitud y simplicidad de la meseta castellana — donde la unidad del suelo y la anchura de la luz espiritualizan cada cosa — arrebatan el alma y la precipitan, tras la alucinación de una imagen que siempre huye, en el amor de las grandes aventuras del más allá, sea por las vías arduas de la escapada mística, sea por la dura vocación de la guerra. La novela de los moradores del torreón está envuelta y traspasada de esta iluminación, casi sobrenatural, que se le mete por las ventanas desde los vastos páramos de esta tierra inverosímil.

La intensa y vital transubstanciación poética del argumento histórico-novelesco se produce, en verdad, por obra de la maravillosa prosa del escritor. La novela tiene una extraordinaria belleza. Aquella prosa se desenvuelve con un ritmo seguro, tenso y sostenido, que proviene de la precisión y riqueza del vocabulario, del movimiento ordenado, elegante, de la frase, de la plástica figuración de una fantasía nunca desbordada. El autor extrema el empeño de la ejecución artística y hace gala de un refinamiento superior, sano y no rebuscado. En sus páginas se manifiesta en su esplendor el triunfo del modernismo que desató Rubén Darío con sus *Prosas Profanas*. Larreta abraza sus mismos ideales, no por imitación o seguimiento, sino por el estrecho parentesco de una misma vocación espiritual. Rubén Darío saluda en la obra maestra de Larreta a un príncipe de armonía y de belleza. Éste, naturalmente, no es extraño a los principios literarios de su época pero los asume en la personalidad del

propio estilo, viviéndolos con fluida espontaneidad, y su arte incorpora todos los matices de las diferentes escuelas, románticas, impresionistas, parnasianas, simbolistas, no para desfigurar el propio idioma, sino para afinarlo y enriquecerlo. Y en esto, que es tan importante para la conservación de la buena tradición de la lengua castellana, se manifiesta una vez más la influencia fecunda de los hábitos literarios vigentes en el habla culta y popular de la ciudad abulense. Larreta ha confesado con gracia cuánto debe en su manejo del idioma a las criadas españolas de su infancia, todas hijas de labriegos y pastores, « El castellano — decía — es una lengua eminentemente agrícola. Sus vocablos, tan metafóricos y al mismo tiempo tan realistas y exactos huelen a menudo a terrón y a humo de campo ». Por eso, hizo aquel conocido soneto a las buenas mujeres del cuarto de plancha y costura, y a su linda manera de nombrar cada cosa. « Érase que se era — un juglar que les debe toda su nombradía, — gaita sentimental y sonaja parlera ».

La substancia de su expresión literaria le viene de los místicos españoles. Le atraía de ellos el inspirado y sutil conocimiento de las pasiones y « ese lenguaje espiritado y al mismo tiempo jugoso y realista, continuo contraste de ideal y de prosa, de sol y sombra, de alucinación y de cordura, según la manera esencial de toda cosa ibérica y del cual el mejor emblema será siempre el éxtasis de Santa Teresa en la cocina de su convento sin dejar caer la sartén ». Por eso, en sus páginas no hay alardes de retórica, de pompa o de pedantería. La estructura del lenguaje, a pesar del rancio sabor y del anhelado purismo, tiene forma muy ceñida y precisa, concentrada y tensa, digna de su fantasía creadora, diversa y elada, sometida siempre a medidas áticas que, a veces esti-

mulan el movimiento de la frase y otras, lo contienen con la perfección de un equilibrio ejemplar. Es una prosa rica y múltiple, en la que se refleja el sortilegio de Ávila, sobria, vigorosa y densa como sus murallas, con el empaque, a veces, de sus arcaicos escudos nobiliarios; dulce, arrulladora y fresca cual su río; como su paisaje, cargado de silencios; llena de las reminiscencias del prolijo buril del arabesco; tiene de sus planicies, la escueta y viril desnudez; y del cielo trasparente, el aire de su substancia luminosa donde entre alegre resonar de campanas, vuelan como nubes, lentas, coloreadas, arremolinadas, las brillantes metáforas de su ingenio.

La visión larretiana de España surge del armonioso conjunto de sus páginas, inspiradas como es patente por la sugestión de la ciudad-símbolo.

« Soy español de sangre y de idioma, pero no de nacimientos », decía. Su formación intelectual, como la de todos los escritores rioplatenses, por un lado adolecía de la deformación escolar inspirada en la saña difamadora de algunos historiadores y, por otro, habíase nutrido de abundante cultura francesa. Esta última le proporcionó su varia y profusa visión de España, desmesurada, casi mitológica; « la España cristiana, de pasiones violentas, elementales y sombrías; la España musulmana, de exaltación poética y sensual ». Larreta recoge esta tradición, pero la supera, con una evocación llena de historia auténtica, no por sabida intelectualmente menos poética, y, por eso mismo, saturada de una severa y valiosa objetividad, prenda de un juicio sereno e imparcial.

El estudio prolijo de la historia le ha descubierto la verdad, triunfante, al fin, de la larga y oscura ingratitud que padecieron los hijos desgarrados del regazo materno. La

sonada decadencia se le antoja la más grande gloria de España. « Para hacer antaño — dijo en un artículo publicado en 1925 — lo que España hizo; era menester arrancar al hombre de su cotidiana y vulgar condición, aplacar en él sus instintos terreros, bajunos, exaltando sobre todo el desinterés, la abnegación, el ensueño, la honra. Larreta proclama la poesía, la gloria, el amor de esa grandeza. Para él, España es la nación alada y armada, la nación arcángel, la única que podía trasponer las columnas de Hércules y conquistar el nuevo mundo y « acaso, la más grande de todas en la era cristiana, porque así como otras, muy admiradas, continuaron a Grecia, España, su reverso, la complementa y forma con ella la esfera cumplida en el mundo de los valores estéticos y morales ».

En su novela, escrita muchos años antes de estas expresiones, está ya patente la certera visión, mejor dicho, la comprensión plena e íntima del alma española, intrépida y vehemente, que hizo, al cabo, de aquel pueblo una de las experiencias más singulares de la historia, « en busca siempre de la gloria máxima, tocando a cada paso, en uno y otro sentido, los límites opuestos de la pasión, el sí y el no, igualmente rotundos, igualmente recios » ante las solicitaciones del cielo y de la tierra.

Hace pocos años, tuve el privilegio de ofrecer a Enrique Larreta, en « Amigos del Libro », el homenaje que se le tributara con motivo del cincuentenario de *La Gloria de don Ramiro*. En su respuesta, conmovida y conmemorativa, tuvo diversas alusiones, ricas de ingenio, a la vida de su novela; y de su discurso sobrio y conmovedor, recuerdo los párrafos finales. Refirióse a su ya conocida admiración de escritor, al filósofo Nietzsche, y contó cómo desveló su ceguera. Ha-

llándose de nuevo en España, después de la segunda guerra mundial, al volver una tarde de otoño a Ávila, sucedió que en el momento preciso de trasponer la muralla, resonaron en su memoria, de misteriosa manera, las palabras del terrible filósofo contra la religión cristiana, bajo la cual, según él, no era posible concebir nada intrépido, nada verdaderamente grande. Vino a su mente entonces algo que constituye un complemento histórico y psicológico de la vida y de la obra de Santa Teresa de Jesús, aquella mujer prodigiosa : sus siete hermanos varones, ora en la Florida o en el Ecuador, o en el Perú, o en Chile, ora en el Río de la Plata, inflamados por el fuego religioso de la Santa, tomaron parte en la conquista de América. No puede hallarse — decía — más expresivo resumen de lo que hizo España en aquellos tiempos ni símbolo más completo que la ciudad en que ella y ellos nacieron. « Bendigo la hora — concluía — en que movido tan sólo quizá por motivos estéticos, escogí esa ciudad de Castilla como escenario de la parte principal de mi creación novelesca. A ella, a sus murallas y a sus claustros, debo sin duda la idea de concretar dentro de una sola alma, el fundamental conflicto de la ambición y el renunciamiento. Debo también a sus viejas crónicas de monjes y de conquistadores, la evocación de ese momento admirable en que el hombre, bajo las banderas de España, alcanzó una plenitud a que no había llegado nunca y cuyo sentido místico, cuyo sentido profundamente cristiano, lo dice una flor en la mano de América al final de mi libro ».

Esa flor fue la gloria de don Ramiro...

Este homenaje a un argentino ilustre que honró tanto a su patria cuanto a toda la cultura hispana, se convierte, por mérito de la evocación de su obra, en una ofrenda a la gloria

inmarcesible de España. De las lejanas playas americanas, donde encendiéronse, con paralelo fervor, iguales afanes, por el verbo de Enrique Larreta llegó a estas alturas, renovado y enriquecido, el eco del idioma común, depósito, custodia y símbolo de la unidad incomparable de nuestra solidaridad.

Esa es su gloria, la gloria de él ; y en ella nos unimos todos, españoles y americanos, para proclamar el pacífico imperio de una lengua en cuyo uso se exalta nuestro más íntimo patriotismo.

En nombre de la Academia Argentina de Letras, al dejar descubierta esta placa dedicada al insigne escritor, expreso el más vivo agradecimiento a las autoridades civiles, a la Real Academia de la Lengua por la cordial generosidad de su acogida y, en particular, a la gentilísima propietaria del palacio, la señora Marquesa de Crescente por la fina hospitalidad con que ha hecho posible que, para siempre, quedara incorporado a esta noble ciudad el recuerdo de nuestro homenaje a un argentino ilustre que la amó « con toda el alma ».

#### DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL SEÑOR GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE AVILA  
DON JOSÉ ANTONIO VACA DE OSMA

Excmos. Sres., Señoras y Señores :

La clave y la causa del presente está siempre en lo que pasó ayer, en lo que pasó anteayer. El hombre, — según decía nuestro insigne Ortega y Gasset —, no es más que historia y no le comprenderemos si no lo situamos en su momento ni nos comprenderemos a nosotros mismos si no nos aprehendemos nuestra propia razón histórica.

Llevado de esa delicia, de esa incomparable delicia que es el pensar he encontrado la raíz de este acto de hoy, su razón esencial, en la generosidad.

De ahí la satisfacción con que acogimos desde el primer instante la idea de un homenaje a Larreta en Ávila y con motivo de él, de un acto de confraternidad hispano-argentina, porque pocos pueblos están más necesitados de la generosidad que los nuestros, precisamente para contrarrestar en grandes dosis los desvíos a que nos lleva la elevada temperatura pasional-común.

Generoso fue el esfuerzo de Larreta por penetrar en el alma de España del siglo xvi, como decía Unamuno, y ampliamente generoso es vuestro gesto al venir hoy hasta estas tierras altas de Castilla.

Permitidme también que os diga que los tres momentos personales de mi razón histórica hispano-argentina, mis tres modestas experiencias de relación pública con vuestro gran país, son una sucesión de generosidades mutuas.

La primera fue hace ya bastantes años al participar en representación del Ministerio de Asuntos Exteriores español en un acto en el que el entonces Embajador de la República Argentina, al frente de toda la representación diplomática, fue al cogollo de La Mancha, a la aldea de El Toboso, para rendir homenaje a ese símbolo de lo hispánico que es Don Alonso Quijano el Bueno. En la inmensa llanura manchega, parada en el tiempo, soñando su eterna historia imaginaria, sonaba vuestro dulce verbo criollo con acentos tan cálidos que casi nos hacían ver acercarse desde el horizonte a Martín Fierro cabalgando al lado de Don Quijote por una Pampa de molinos, hecha para la andadura de grandes caballeros.

La segunda, fue poco después, con igual honrosa representación y la misma ilustre compañía, esta vez al borde de la salina claridad de las playas malagueñas, donde España entregaba a la veneración de la Argentina los restos de los padres de nuestro San Martín, el de Chacabuco y de Maipú, el que antes fue nuestro en la gran jornada de Bailén y ahora es gloria común de nuestra stirpe.

Generosidad española que por aquel entonces era correspondida con algo que nunca podremos olvidar, con algo que nos dio la Argentina y que aquí, en Castilla, adquiere resonancias germinales y casi sacramentales: pan. Ahí es nada, señores. Porque teníamos hambre y nos dísteis de comer. Sin políticas, sin retóricas, pueblo a pueblo, de hermano a hermano.

Con vuestro homenaje a Larreta de hoy tengo la fortuna de participar en este tercer reencuentro de generosidades en este acto en el que la Academia Argentina de Letras confirma y afirma en placa de bronce el vínculo que hace más de cuatro siglos nos une: el idioma, « que es tal vez la más radical esclavitud del hombre y al propio tiempo su mayor ventura ».

Y concretamente hoy, el idioma en la obra de Don Enrique Larreta que llegó a Ávila sin más bagaje que aquel de saber que la nobleza es un privilegio de obligaciones y acabó sus días tan henchidos de Ávila los sótanos de su alma, que unidas quedarán ya sus memorias.

Quisiera sin embargo, y ya que antes hablaba de Don Quijote, romper una lanza para que desaparezcan ciertos prejuicios que durante años han enturbiado para determinados espíritus abulenses esa magnífica entente vital y literaria, hombre-obra-ciudad, que es « La gloria de Don Ramiro ».

Sé que Larreta ofreció suprimir algunos pasajes de su novela, que describen ciertos ambientes, episodios y personas que dan una idea equívoca acerca de la espiritualidad abulense, tan cara en la ciudad de Santa Teresa. El escritor buscaba un ambiente, la España de Felipe II. Su imaginación trazó un argumento, y Ávila, en principio, no fue para él más que el escenario accidental.

Una ciudad es un conjunto de secretos, un difícil arcano casi imposible de penetrar para el que de fuera viene. Ávila, si cabe, es más recóndita. El Ávila de Don Ramiro, personaje novelístico, es un escenario, casi siempre fiel en lo físico, no siempre en lo profundo.

Porque el Ávila del hombre al que hoy rendimos homenaje, el Ávila de aquel a quien pudiéramos llamar Don Ramiro Larreta « el Bueno », esa, viene después. Cuando al vivirla, al revivirla, al sentirla, al empaparse de ella, la empieza a comprender y por la comprensión llega a amarla y a apenas poder vivir sin ella. Si en algo pecó Larreta en el Ávila — imagen de su novela — bien puede perdonársele por el amor.

Téngase en cuenta también que todo lo humano, personas, acciones, ideas y pasiones, obras y construcciones, tienen su edad y su tiempo. Las palabras significan infinitas cosas, según quien las diga, según quien las oiga.

El tiempo de Larreta fue el de Flaubert y el de Valle Inclán, el de Blasco Ibáñez, el de D'Annunzio. Su obra fue una reconstrucción histórico-novelesca a la moda de la época. En su género, un verdadero modelo. El juego del amor y de la muerte, el combate del cuerpo y el alma, adquieren tono mayor. Don Ramiro nace un año antes de Lepanto. La acción de la novela empieza dos días después.

de morir Santa Teresa, de su vivir auhelado junto al Esposo.

Si antes he dicho que Larreta en Ávila se salva por amor, se salva también por el esfuerzo heroico, dificilísimo, de su empresa. « ¡ Podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo, imposible! », como dijo el Caballero de la Triste Figura ya viejo y ya molido de palos infinitos, ¡ Ahí es nada, reconstruir la España del siglo xvi! Su obra pasa a las antologías. Pero la mayor victoria de este Don Ramiro Larreta el Bueno, como la de todas las almas grandes y nobles, está en el amor desinteresado, post-novela, al Ávila de sus pensamientos, y en la humildad con que ofrece al Prelado abulense suprimir aquellos párrafos de su libro que hubieran podido parecerle inconvenientes.

Por eso, aún entrando en terreno escabroso, creo que el mejor homenaje que puedo presentar a la memoria de Larreta, al agradeceros, señores, esta placa de bronce, noble y grande también, es el de este sincero análisis de su intención, este desvelamiento, este procurar rasgar el velo que separaba al insigne argentino de algunos recónditos entresijos de su amada inmóvil.

Puedo aseguraros también, señores, que con visitas tan gratas y honrosas como ésta de hoy, Argentina el gran sueño blanco y azul de España en el corazón de Castilla, Ávila va abriendo cada día más su pecho a las cosas, ocupándose y preocupándose de ellas « directamente y sin más, en vez de vivir a la defensiva, de tener un tanto trabadas sus potencias espirituales, que son egregias. Su curiosidad, su perspicacia, su claridad mental, secuestradas por los complejos de lo personal, empiezan a romper amarras ».

Porque debemos darnos cuenta que para « ir de vuelo »

como Teresa y Juan hace falta el soplo divino. A nuestras pobres naves hay que empujarlas con esfuerzo de remo y con viento de esperanza. Como hizo Don Ramiro al ir a América, de donde vosotros venís.

Que todos tengamos, como el héroe de Larreta, una Santa Rosa de Lima que nos acoja, que nos rece el Padrenuestro al morir en sus brazos.

Esa será nuestra gloria, como fue « La gloria de Don Ramiro ».

#### DISCURSO DE DON JUAN O. GAUNA, EMBAJADOR ARGENTINO

Como Embajador de la República Argentina en España, debo decir pocas y precisas palabras en este homenaje que la Academia Argentina de Letras rinde a Enrique Larreta, pues las piezas oratorias, de registro antológico, dichas aquí por dos señores de las letras, de eminencia académica y señeros representantes de la intelectualidad de nuestros países, han dado ya a este acto la relevancia evocativa y el encumbramiento espiritual, digno de la memoración de un príncipe del idioma.

Pero sí me corresponde decir que en este bronce y en el mensaje de que ha sido portador el doctor Atilio Dell'Oro Maíni, se reconocen una expresión del alma argentina; una afirmación emocional y de lealtad de un pueblo, que la Academia Argentina de Letras, como alta intérprete de su sensibilidad nacional, deja depositada en esta ciudad — corazón amurallado de la vieja estirpe — para enaltecimiento de un hijo preclaro de la Argentina, que aquí encontró el recogimiento, la inspiración y el gozo creador del artista.

Que aquí recogió las confidencias de estas piedras ilustres y los latidos existenciales de Don Ramiro para proyectarlo a la sensibilidad de nuestra raza, como una angustia y una voluntad debatiente al servicio del hombre y de Dios, con la riqueza, el encantamiento y la armonía expresivos que yacen en las canteras de nuestra lengua.

Mi patria sabe que este bronce ha de permanecer en la Torre del Palacio de Crescente, al amparo de la fineza fraternal de Ávila y de la cuidadosa advertencia del tuétano de España, pues trae en la forja — a través de la proceridad de Larreta — una respuesta simbólica a la convocante identidad de nuestros pueblos, que proviene de la continuidad de la sangre y del idioma; de profundas sugerencias de la raza y de trascendentes compaginaciones históricas.

Por ello, el sentido y la brevedad de mis palabras apuntan a señalar un reconocimiento argentino hacia España que, con delicada intimidad, nos ha abierto las puertas de Ávila, para este peregrinaje que se realiza tras las huellas de Don Enrique Larreta.

Agradezco a las autoridades nacionales, provinciales y municipales la cordialidad de su gesto colaborador y amigo con nuestra Academia de Letras y con la Embajada Argentina, para la posibilidad de este acto y su destacada brillantez.

Igualmente a la Real Academia de la Lengua Española, que se ha hecho presente con uno de los más prestigiosos valores de la intelectualidad hispánica: el Exmo. Académico D. Joaquín Calvo Sotelo.

Entrego a la Exma. Señora Marquesa de Crescente y hermanas, sensibles cultoras de la prosapia española, nuestra reverencia y gratitud, por ceder el Torreón — donde Larreta

dio morada a Don Ramiro — para que luzca este mensaje argentino, en homenaje a su artífice.

Señor Gobernador Civil :

Si hay una versión cabal de la caballeridad y nobleza del espíritu español, vuestra persona sabe expresarlo.

En nombre de la República Argentina, os entrego su agradecimiento, por la significativa amplitud con que supisteis entender y servir con grandeza y hermandad, esta recordación a Enrique Larreta.